

ANDREA R.FERNÁNDEZ

LA (NO TAN)
FABULOSA
VIDA DE
CARABELLA CIANCYLLU
CIANCIULLI



R&R EDICIONES

La (no tan) fabulosa vida de Carabella Cianciulli

Copyright © 2024 Andrea R. Fernández

Primera edición: abril de 2024

Segunda edición: septiembre de 2025

Edición y diseño de esta edición: R&R Ediciones

Imágenes del interior: Pixabay

Todos los derechos reservados.

El *copyright* defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y conocimientos y promueve la libre expresión además de favorecer la existencia de una cultura viva.

La reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio no autorizado, viola los derechos reservados y las leyes sobre la propiedad intelectual.

Cualquier utilización debe ser previamente autorizada.

Esta es una obra de ficción, cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

ISBN: 9789403809151

Depósito legal: VG 484-2025

*A Eloy,
el mejor compañero de vida que podría esperar.
Te quiero.*

«Lo último que uno sabe es por dónde empezar»

Blaise Pascal (1623-1662)

Científico, filósofo y escritor francés.



Capítulo Uno

El traqueteo del tren me estaba volviendo loca después de cinco horas de viaje. Había cogido el tren a las diez de la mañana en la estación de Chamartín. Ahora, eran casi las tres de la tarde y apenas faltaban unos kilómetros para llegar a la ciudad.

Recogí el móvil del asiento vacío situado a mi derecha para mensajearme con mi mejor amiga.

Estoy flipando, creo que voy a llegar en hora.

Si hubieses pillado un avión ya estarías aquí.

Ya lo sé, pero voy mal de pasta.

Mentirosa, a ti lo que te pasa es que te da miedo volar.

No, Marco y mamá me esperan ya en Guixar.

Genial



¡Te quiero!

Y yo. Te llamo cuando llegue a casa.

Me encantaba estar de vuelta, después de ocho meses sin descanso necesitaba desconectar un poco del trabajo y la boda de mi hermano era la excusa perfecta para coger unos días libres, lástima que mi jefe no estuviese de acuerdo conmigo.

Cuando llegué, Marco y mamá estaban esperándome en el andén. Me bajé corriendo del vagón y los abracé con todas mis fuerzas. Mamá estaba tan guapa como siempre, con su cabello rubio y su perfume de rosas parecía que se había quedado estancada en el tiempo. Marco seguía siendo Marco, era tan alto que me sacaba una cabeza a pesar de ser el pequeño de los dos.

—¡Cariño! ¡Cuánto tiempo sin verte! ¿Cómo fue el viaje? ¿Te encuentras bien? ¡Dios mío, estás muy delgada!

Mi madre siempre me recibía igual. Mil preguntas y ninguna opción para contestar.

—¡Verás cuando te vea tu padre! —Me dio otro abrazo—
¡Estás tan guapa!

—Bien mamá, me encuentro perfectamente —le contesté como cada vez que volvía de viaje—. El viaje ha sido largo pero tranquilo. Como equilibradamente y hago ejercicio casi todos los días, no tienes nada de lo que preocuparte.

Me agaché para recoger la invitación de boda de mi bolsa de viaje y me enfrenté a mi hermano.

—¿Esto va en serio o es una broma de mal gusto para hacerme volver? Porque ni te imaginas los favores que he tenido que pedir para conseguir unos días libres sin antelación.

—No hermanita —me contestó quitándome la invitación de la mano—, no es broma. Créeme, Estefanía te va a encantar. Cuando la conozcas seguro que me comprendes y quizás hasta te alegres por mí.

—¿Alegrarme? Estoy muy cabreada contigo. No me puedo creer que vayas a hacer esto —contesté negando con la cabeza—. ¿Cuánto hace que conoces a esa chica? Y tienes la cara de enviarme la invitación por correo.

Marco agachó la cabeza algo avergonzado.

—Me llegó hace cinco días, Marco. Una llamada de teléfono habría estado bien. ¿No te parece?

Marco asintió resignado con el rapapolvo y se agachó para recoger el poco equipaje que traía conmigo. Con el brazo sobre mis hombros, tiró de mí hacia el aparcamiento, camino que hicimos entre bromas sobre la locura que Marco estaba a punto de cometer.

Habían pasado cinco años desde que me independicé, y regresar a casa de mis padres, aunque fuera por un par de días, resultaba extraño. Porque lo hice a lo grande, yo me independicé en Madrid, nada de alquilarme un pisito cerca de casa de mis padres y probar la vida adulta, no, no. Más de quinientos kilómetros y cinco horas de viaje, esa era la distancia que había ahora entre nosotros.

En esta ocasión no podía quedarme con Laura como siempre que venía de visita; se había cambiado de piso y al parecer estaba teniendo problemas con su compañera. Sería meterla en aprietos, y no quería ponerla en esa situación.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte esta vez, hermana?

—Pues lo justo hasta después de la boda. No puedo prolongarlo más —contesté mientras miraba por la ventana—, apenas me dan vacaciones y me gustaría guardar algunos días para las navidades.

—¿Tan poco? —preguntó mamá apenada— Esperaba poder tenerte aquí por lo menos, no sé —suspiró—, un par de semanas. Cariño, cada vez vienes menos a visitarnos.

Odiaba decepcionarla, mi madre era la persona más amorosa del mundo.

—Lo sé mamá, pero entiéndeme, mi trabajo es muy importante para mí. Es exigente y apenas me deja tiempo libre. Cuando descanso lo último que me apetece es viajar de aquí para allá.

—¡Pero si siempre estás de viaje! No creas que, porque estoy mayor, no veo todas las fotos que subes a internet; tu hermano me las muestra todas.

—Mamá —contesté mientras le acariciaba el hombro desde el asiento trasero—, no estás mayor, no digas tonterías. Sí, viajo mucho, pero es por trabajo, como tú misma has dicho. Lo que publico —continué encogiéndome de hombros—, pertenece al poco tiempo libre que me queda entre reuniones y traslados. ¿Acaso no debería hacer algo para pasar el rato?

—Bueno, entonces no entiendo por qué no te tomas unas vacaciones para venir a ver a tu familia —dijo resignada—. Te están explotando en esa empresa tuya.

Podía percibir la decepción en su voz. Había intentado explicarle en qué consistía mi trabajo y por qué pasaba tanto tiempo fuera, que no eran vacaciones. Sin embargo, ella seguía pensando que prefería vivir la vida en lugar de pasar tiempo en casa. Claro que, debo admitir, que la mujer tenía un punto. Ni ella ni nadie entendía que, en este momento de mi vida, antepusiese el trabajo a todo lo demás, pero yo sabía que, si quería escalar en la empresa, debía hacer sacrificios.

El viaje en coche hasta casa nos llevó más tiempo de lo que recordaba, estaba exhausta y quería descansar un poco

antes de la cena, aunque me temía que eso no iba a ser posible, todo el mundo estaba muy nervioso por la inminente boda, se iba a celebrar en casa y había mucho trabajo por delante.

—¿Se puede saber por qué no celebráis la boda en un restaurante como la gente normal? —les pregunté cuando llegamos.

—Porque así es más íntimo y personal —contestó Marco.

—Ya... ¿eso es cosa tuya o de tu novia?

Marco, sonrojado, agachó la cabeza. Estaba más nervioso de lo que me imaginaba.

—No hay nada de qué preocuparse, la casa está increíble, lo ha organizado una empresa, la mejor, ya lo verás.

Marco tenía razón; tanto la casa como el jardín estaban increíbles. Habían limpiado la fachada de piedra, el césped estaba tupido y súper verde e incluso habían plantado setos con forma de corazón por todo el camino que conducía desde el portal hasta el lugar en donde se celebraría la ceremonia.

—¡Vaya! —Fue lo único que conseguí articular— ¿Cómo has podido pagar esto? —Le pregunté medio en broma, medio asustada.

—Un viejo amigo de la familia me echó una mano. Trabaja para la empresa que lo organiza todo y... me hizo precio de familia.

—Bueno, está bien saberlo. Me encantaría poder contribuir más con mi regalo, pero mi presupuesto está bastante ajustado —me lamenté.

Continuamos un rato en el jardín charlando sobre la decoración y el clima que se esperaba para el fin de semana cuando mi padre salió por la puerta de la cocina con un enorme delantal negro cubierto de harina.

—¡Carabella! ¡*Mia figlia!* ¡Que alegría tenerte en casa otra vez! —clamó apretándome entre sus brazos—. ¿Cómo no me habéis avisado de que ya estabas aquí?

Mi padre era un hombre corpulento que podría dejar fuera de combate a cualquiera con un simple abrazo, era mi Bud Spencer particular.

—¡Papá! —contesté zafándome del abrazo— Yo también me alegro mucho de verte, pero no me ahogues por favor.

Después de una tardía y amplia comilona con un menú medio gallego medio italiano orquestado por mi padre, me dirigí a mi cuarto con la excusa de que estaba agotada por culpa del viaje.

Mientras me instalaba, algo que no me llevaría mucho tiempo debido al poco equipaje que traía conmigo, Marco llamó a la puerta y entró sin esperar confirmación.

—¿Podemos hablar un momento?

—Claro —dejé la meta a un lado y me senté sobre la cama—, pasa y cierra la puerta.

—Verás, te parecerá extraño... cuando te fuiste... André y yo empezamos pasar más tiempo juntos y...

¿André? No sabía por qué mi hermano sacaba a relucir a mi exnovio.

—Suéltalo Marco.

Se alejó de la puerta y se sentó a mi lado.

—Él es el «amigo» que nos está ayudando con la boda y... también está invitado. Espero que no te importe.

Me quedé un poco estupefacta, mi hermano nunca me había hablado de esta supuesta amistad.

—Claro, quiero decir que no me importa.

—Vale —contestó aliviado—, me alegra que digas eso. También creo que deberías saber que...

No lo dejé terminar, no me importaba lo que pudiese decirme de André, o por lo menos eso es lo que me decía a mí misma. André y yo habíamos roto hacía cinco años, no en muy buenas condiciones así que era mejor dejarlo estar. A pesar del tiempo, todavía era algo doloroso.

Lo abracé para tranquilizarlo.

—Gracias por preocuparte y decírmelo, pero... André es agua pasada, ya no duele —mentí.

Me levanté de la cama para seguir vaciando la maleta en el armario.

—¿Estás segura?

—Totalmente —asentí—, todo pasado, mmm... sí, muerto y enterrado.

—Buff, menos mal. ¡Gracias! —respondió— Es solo que ya sabes... entiendo lo incómodo que puede ser encontrarse así con un exnovio y vosotros... sois muchos tipos de «ex» al mismo tiempo. Exnovio, examigo, *ex-primer-amor*, supongo *ex-aman...*

—Ya Marco —lo interrumpí—, ya lo he pillado. —Cerré la maleta vacía y la metí debajo de la cama—. Por favor, no sigas por ahí, es muy incómodo.

Tras unos minutos en silencio en los que no pude adivinar lo que estaba pasando por la cabeza de mi hermano, se levantó de la cama y se acercó para darme un abrazo demasiado fuerte. Cada vez se parecía más a papá, claro que en una versión más delgada y atlética.

—¡Para, para! —Tuve que suplicar— Estás muy fuerte. No me dejas respirar.

—¡Perdón! —Se disculpó entre risas mientras se rascaba la cabeza con una mano—. Creo que ya empiezo a estar nervioso. Ojalá algún día encuentres alguien que te haga así de feliz.

—Ya, no te preocupes, lo entiendo, no personalmente ya sabes... no estoy casada ni enamorada ni... nada de eso, pero... —realmente no lo entendía, nunca había sentido el mínimo interés por el matrimonio, ¿qué tenía de especial atarte de por

vida otra persona? — ¿Sabes? La verdad es que estoy muy cansada del viaje y me gustaría descansar un poco.

—No te preocupes hermanita, le diré a mamá que estás durmiendo un poco, quería ponerse al día contigo. —Abrió la puerta para salir, pero antes se giró para guiñarme un ojo—. Yo te cubro.

—Ok, gracias.

Después de que Marco saliera de la habitación y con todo en orden me puse un viejo pijama del armario y me metí en la cama para intentar recuperar el sueño acumulado.

Estaba muy cansada porque el día anterior me había quedado hasta muy tarde trabajando, tenía que dejar muchas cosas preparadas para que mi jefe no notase mi ausencia, lo que incluía hacer tratos y canjear favores para que el estúpido de Ramírez me cubriera las espaldas. Con la de días que tenía el año y Marco tenía que casarse en el fin de semana más importante para la empresa... y para mi futuro, estaba al borde de ese ansiado ascenso para el que llevaba trabajando tantos meses sin parar.

No conseguí conciliar el sueño, con tan solo una conversación, Marco, acababa de agregar una nueva fuente de estrés a mi caótica cabeza. André, la charla con mi hermano me había afectado más de lo que pensaba. ¿Cómo estaría él? ¿Seguiría tan guapo como siempre? ¿Todavía estaría enfadado conmigo? No podía ser, habían pasado muchos años. No

quería pensar en él, pero de repente, no podía quitármelo de la cabeza.



Capítulo Dos

Cuando me desperté el viejo reloj infantil que tenía sobre la mesilla de noche marcaba las ocho de la tarde, no me podía creer que todavía funcionase, alguien en casa lo tenía que mantener con pilas, mamá seguramente. Me levanté de la cama y sin molestarme en cambiarme el viejo pijama, roto y descolorido, salí de la habitación para bajar a la cocina.

—Buenas *tardes-noches* dormilona, ya pensábamos que no te ibas a levantar para la cena. —Me sorprendió mi madre a media escalera. Ella estaba en lo alto, justo detrás de mí y se la veía muy feliz, iba cargada con la cesta de la ropa limpia.

—¿Pensábamos? ¿Cena? —pregunté mientras miraba mi atuendo—. Nadie me dijo nada de una cena...

—No es nada del otro mundo, sólo los cuatro, como antiguamente.

Mamá sonrió y continuó por el pasillo hacia su cuarto. Estaba a punto de preguntarle si necesitaba ayuda con la ropa cuando unas voces procedentes de la planta baja llamaron mi

atención, era Marco, se estaba despidiendo de alguien, su respuesta no tardó en llegar:

—Nos vemos, saluda a tus padres de mi parte, mañana vengo con el chico de la floristería y concretamos, ¿vale?

Era una voz inconfundible, sonaba más grave de lo que recordaba, más madura, aun así, con diferencias y todo, sabía que era él sin ninguna duda. Esa voz me había susurrado demasiadas promesas de amor como para olvidarla.

Me quedé plantada a medio camino, sin atreverme a mover ni un solo músculo, no sabía si estaba aliviada por haber evitado una situación incómoda o decepcionada porque no me había incluido en su saludo. ¿Sabría que estaba en casa? ¿Me habría mencionado Marco o habría preguntado él por mí?

Esperé unos segundos para darle tiempo a salir de casa y después empecé a bajar por las escaleras. Me llevé un susto cuando tropecé con una pelota de plástico duro que estaba tirada en medio del peldaño; me agarré con todas mis fuerzas a la barandilla, pero no pude evitar perder el equilibrio y caí.

Mi caída por las escaleras no fue grave ni siquiera un poco, no fue una de esas caídas escandalosas que salen en las películas donde la protagonista casi se parte el cuello y termina gravemente herida y siendo llevada en una ambulancia al hospital más cercano donde, ya puestas a imaginar, conoce a un apuesto médico del que se enamora nada más abrir los ojos. No, no fue nada de eso, sólo un par de botes con el culo hasta el suelo que me dejaron dolorida por el resto de la noche.

—¡Mierda! —exclamé mientras intentaba incorporarme sin hacerme más daño.

—¿Estás bien? —Me preguntó la ya mencionada voz mientras alargaba una mano hacía mí.

No me lo podía creer. Alcé la vista y allí estaba él, más guapo que nunca. Más hombre de lo que recordaba.

—Sí, gracias. No ha sido mucho. —Me levanté como pude—. Pensaba que ya te habías marchado.

André soltó mi mano en cuanto vio que podía mantenerme en pie.

—Me dejé las llaves del coche en el recibidor.

—Ya...

—Así que sabías que estaba aquí.

Me crucé de brazos intentando tapar todo lo posible mi horrendo pijama, no me podía creer que después de tantos años sin vernos la primera vez él fuese a estar tan impresionante y yo así, con estas pintas. Qué injusta es la vida.

—No, yo... estaba a punto de bajar cuando te escuché, nada más —contesté mientras intentaba acomodarme un poco el pelo.

Mi madre, que había escuchado el estruendo bajó alarmada las escaleras.

—Cariño, ¿qué ha pasado? ¿Estás bien?

Asentí todavía avergonzada, me agaché para recoger la pelota de goma del suelo y la miré.

— ¿Desde cuándo tenemos perro?

—No tenemos, o por lo menos no de forma oficial... todavía.

—No te entiendo.

—Es la pelotita de Pecas, el perrito de Fani, pasa mucho tiempo en casa y siempre se deja aquí algunos juguetes.

André le dio dos besos a mi madre y se despidió alegando que al día siguiente tenía mucho trabajo que hacer. Creo justo recalcar que a mí no me dedicó más que un leve gesto de cabeza antes de irse, con lo que intuí que sí, todavía estaba enfadado conmigo.

Seguí a mi madre hasta la cocina, estaba sorprendida y algo enfadada porque esa chica parecía formar parte de la familia y yo todavía no la conocía. Estaba molesta, más que molesta, además, a mí ni siquiera me habían dejado tener un perro.

—Así que te gusta —comenté a mi madre mientras la ayudaba a poner la mesa para la cena—. Estás encantada con esta situación. La casa está preciosa y vamos a celebrar un banquete por todo lo alto.

—No te entiendo cariño, ¿qué quieres decir? ¿Tú no te alegras por tu hermano?

—Mamá, no es eso, es sólo que... ¿no te parece una locura que tu hijo pequeño se case con una chica a la que apenas conoce?

—Tu padre y yo nos casamos a los seis meses de conocernos.

—No es lo mismo —contesté.

—Tu padre abandonó Italia por mí.

—Es que tú lo vales, mamá.

Mamá se rio por mi terquedad antes de continuar.

—Ay, cielo... Estefanía es una gran chica, cuando la conozcas también te gustará. No te preocupes por tu hermano, que no es tonto.

—Sí, lo es —reliqué sin entrar en razón.

—No tanto. —Agarró mi mano—. Cariño, si quieres a tu hermano, y sé que lo haces con locura, lo apoyarás en esto, ya no es un niño y es su decisión. Ir en su contra sólo os hará daño.

Refunfuñé y le di un abrazo a mi madre, era la persona más tierna del mundo. Y muy sabia, además.

—Está bien, dejaré el tema —suspiré— Y... volviendo a lo de antes, ¿qué hay para cenar?

—Pizza carbonara sin cebolla. Tu padre la está haciendo en tu honor.

—Mmmm... mi favorita. ¡Qué hambre!



Capítulo Tres

La mañana siguiente me desperté muy temprano, entre la siesta de la tarde y el empacho de pizza... el madrugón no había sido un gran sacrificio, y con todo lo que tenía que hacer, necesitaba el tiempo.

Tenía que llamar a Laura para ponernos al día y arrástrala hasta alguna tienda de moda para comprar un vestido y unos zapatos para la boda. ¿Quién sabría dónde comprar? Laura.

Me desperecé y salí de la cama, tenía el móvil en la mano y me disponía a llamar a mi mejor amiga cuando este empezó a sonar, era una llamada entrante de un teléfono desconocido. Pensé en rechazarla, pero era muy temprano para que fuese algún teleoperador intentando venderme algún infoproducto que no necesitaba. ¿Y si era del trabajo? Tenía la mala costumbre de no memorizar los números de teléfono de mis compañeros; total, la mayoría no duraban más de los quince días de prueba, así que podía ser Ramírez para preguntar cómo debía hacer mi trabajo. Tenía que contestar.

—¿Diga?

—¿Cara? —contestó una voz de mujer—. Claro... qué tonta soy... Quién iba a ser si te estoy llamando yo... —continuó nerviosa la mujer sin darme tiempo a decir esta boca es mía—. Soy Estefanía, ya sabes... ¡Tu futura cuñada! —gritó con demasiado entusiasmo.

«Cómo no...» pensé.

—Perdona que te moleste tan temprano, espero no haberte despertado.

No tenía ningún interés en conocer a la muchacha, pero no quería decepcionar a Marco, así que, poniendo mi voz más amigable contesté:

—No, tranquila, ya estaba levantada. De hecho, me disponía a...

—¡Oh! Cómo me alegro de pillarte despierta —interrumpió—, verás es que Marco me dijo que no tenías vestido para la boda y como yo tengo que ir a probarme el mío, para la última prueba, ya sabes... Es un suplicio ser la novia... pues se me ocurrió que sería muy guay ir juntas y así pues podemos aprovechar para conocernos y pasar un poco de tiempo juntas antes de la boda.

¿Juntas? ¿Es que esta chica no tenía madre? Por favor... me encomendé a San Eustaquio aun sabiendo que no me iba a librar de esta antes de contestar.

—Me parece buena idea —mentí— aunque, la verdad es que ya había quedado —en ese momento alguien llamó a la

puerta—. Estefanía discúlpame, están llamando la puerta. Si eso ya te llamo yo, ¿vale?

«Bien» pensé aliviada: «Gracias, San Eustaquio».

—Claro no te preocupes, ahora nos vemos.

—Claro, claro...

Y colgué antes de que me diese cita también con su peluquera.

¿Había dicho que nos veríamos «¿ahora?» Me preguntaba mientras abría la puerta, daba por sentado que tenía que ser mi madre, aunque, pensándolo mejor, ella no solía llamar, se limitaba a abrir la puerta sin más. Pero entonces... Mierda.

Sí, ellos, los dos. Mi querido hermano estaba tras la puerta, con una gran caja de mis regalices preferidas (soborno a la vista) y una rubia de bote de metro sesenta, ojos marrones y un terrible bronceado antinatural.

—Buenos días hermanita, perdona por la broma.

Marco me apartó de un empujón y entró en la habitación, se dirigió al escritorio y allí depositó la caja que tenía en sus manos. Estefanía, que había entrado justo detrás de él se me acercó y me dio un fuerte abrazo. Odio a la gente que no entiende el concepto de: espacio personal.

—Soy Estefanía, ¡tenía muchísimas ganas de conocerte! —me soltó y agarró a Marco del brazo—. La verdad es que me hubiese gustado que fuese antes, de hecho, le pedí a

Marco en muchas ocasiones que fuésemos a Madrid a hacerte una visita —se encogió de hombros—, pero él siempre me decía que estabas de viaje o muy ocupada...

—Y lo estaba, ¿no es verdad hermanita?

Asentí, no quería llevarle la contraria a Marco, aunque no me habría importado recibir alguna visita de vez en cuando. Lo taladré con la mirada.

—Como sea —se resignó Estefanía dejando el tema para otro momento—. Lo que te decía por teléfono iba totalmente en serio, tengo muchísimas ganas de pasar el día contigo y conocernos un poco —por un momento la enorme sonrisa que se dibujaba en su cara desapareció, dando paso a una mueca de preocupación—, salvo que no quieras o que ya tengas tus propios planes. ¡Que tonta soy! Perdona, no había pensado en ello, si tienes planes no tienes por qué venir conmigo. Lo entiendo.

Ante la perspectiva de pasar del plan se me habría un abanico de posibilidades de todo lo que podría hacer durante el día y que desde luego sería más apetecible que ir de compras con una desconocida. Pero, pensando en la felicidad de mi hermano y en que esa chica iba a ser mi cuñada, sí o sí, decidí aceptar la proposición.

—No, que va, no te preocupes, no tenía planes. Sólo iba a llamar a mi mejor amiga para ir a comprar el vestido, puedo cancelarlo.

Estefanía, muy alegre comenzó a dar saltitos como una niña pequeña.

—No, no lo hagas, ¡sólo dile que seremos tres!

—Ok, así lo haré. Ahora, si no os importe me gustaría terminar de arreglarme y necesito comer algo, me muero de hambre.

Mi hermano me guiñó un ojo mientras agarraba a su prometida por la cintura.

—Claro, nos vemos abajo, hermanita—contestó tirando de ella fuera de la habitación.

Tan pronto la puerta se cerró detrás de la pareja, recogí mi móvil para escribir a Laura.

SOS. Necesito un vestido.

La respuesta no tardó ni medio minuto en llegar.

¡Estás viva!

Justo ahora estaba revisando todas las noticias en busca del terrible accidente de tren que acabó ayer con la vida de mi mejor amiga.

¿Qué te has fumado?

Nada.

Es el único escenario factible que se me ocurre para que mi MEJOR AMIGA se haya olvidado de mí durante las últimas 19 horas.

Con todo el ajetreo del día anterior se me había olvidado la promesa de llamarla.

Lo siento, me quedé dormida.

Perdóname y ven conmigo.

Vale... Me apunto, pero porque te echo de menos.

Gracias, por cierto...

Vamos a ser 3. Mi futura cuñada se acopla.

En 15min en mi casa.

No te enfades.

Te espero.

En el móvil puedo ver que Laura está escribiendo... borrando... escribiendo... Me va a dejar plantada, lo estoy viendo venir.

¿Te he dicho que te quiero?

Borrando... Escribiendo...

Está bien.

Yo también te quiero, pesada.

Terminé de prepararme diez minutos, quince como mucho, y me fui a la cocina a desayunar. En cuanto entré, el olor dulzón a panecillos y zumo de naranja inundó mis fosas nasales abriéndome el apetito.

Poco duró mi alegría puesto que en la cocina no estaba ningún miembro de mi familia, sólo Estefanía.

—¿Y el resto? —pregunté— Pensé que desayunaríamos todos juntos.

—Es viernes, se han ido a trabajar —contestó como si fuese la respuesta más obvia del mundo.

—¿Y tú? No es por ser entrometida —aclaré algo avergonzada por mi atrevimiento, a estas horas mi boca

todavía era más rápida que mi cerebro—, es sólo que... realmente no sé nada de ti.

—No te preocupes —contestó sin darle importancia—. Trabajo en una clínica de estética. Pedí unos días libres para terminar todos los preparativos de la boda. ¡Hay tanto que hacer!

El timbre de la puerta la interrumpió antes de que pudiese explayarse sobre lo arduo que resultaban todos los preparativos de una boda, algo que no entiendo si esta contaba con una empresa organizadora de eventos...

—Ya voy yo —se ofreció Estefanía y se dispuso a salir de la cocina—, desayuna tranquila.

Tenía que ser Laura, puntual como un reloj. Apuré los restos del desayuno y recogí los platos antes de salir disparada de la cocina en dirección a la puerta de entrada.

En cuanto vi a Laura entrando en casa me lancé a sus brazos igual que había hecho con mi madre y con Marco cuando los vi en la estación.

En ese momento caí en la cuenta de cuánto la había extrañado, porque, ¿sabéis?, el teléfono está bien para mantener el contacto en la distancia, pero no es comparable a tener en frente a las personas que amas justo frente a ti.



Capítulo Cuatro

Las tres cogimos nuestras cosas y emprendimos el camino hacia el centro de la ciudad donde nos esperaba la última prueba del vestido de novia de Estefanía.

El tráfico era una pesadilla por culpa de las obras, una constante de cualquier ciudad, tardamos veinte minutos en llegar a la tienda. A Laura y a mí nos hicieron pasar a un probador para esperar allí a Estefanía, que se había quedado con una dependienta de mediana edad y un corte de pelo liso y corto con flequillo que no favorecía demasiado sus rasgos rechonchos.

La habitación no era muy grande, pero estaba decorada de una manera muy elegante. Tres de sus paredes estaban cubiertas con un bonito papel pintado de color vainilla embellecido con unos preciosos detalles en color dorado metalizado que le aportaba elegancia. En el suelo, una gran alfombra blanca de pelo sintético tan suave, que me dieron ganas de tumbarme sobre ella y en cuyo centro se erguía un pequeño pedestal dorado a juego con el papel de las paredes.